

Josep Fontana. La Historia ante el espejo

Josep Fontana. History in front of the mirror

Juan Andrade

Universidad de Extremadura

Resumen

En este artículo se analizan las reflexiones de Josep Fontana a propósito de la Historia como disciplina, así como de las concepciones de las que se han servido los historiadores para hacer su trabajo. Se valora su insistencia en la necesidad de aplicar al estudio de la Historia la misma mirada contextual y crítica que ésta proyecta sobre otros productos culturales y de considerarla atendiendo especialmente a su relación orgánica o funcional con respecto a los proyectos sociales de su tiempo. También se analizan sus propuestas para incentivar una nueva escritura de la Historia en la que arraigar de alguna forma proyectos sociales alternativos, los aspectos problemáticos de esta propuesta y la sugerente potencia que encierra.

Palabras clave: Josep Fontana, Historia, historiografía, política, poder.

Abstract

This article analyzes the reflections of Josep Fontana on History as a discipline, as well as the conceptions used by historians to do their job. It appraises the value of his insistence on the need to apply to the study of History the same contextual and critical perspective that History dedicates to other cultural products and it also pays special attention to his relation with the social projects of his time. His proposal to encourage a new writing of History in which to root alternative social projects is also examined along with the problematic issues which entails and the enticing power at its heart.

Keywords: Josep Fontana, History, historiography, politics, power

Mirar el punto de vista. Mirar el punto de vista para entender mejor aquello que se viene mirando. Tal premisa guió buena parte del trabajo de Josep Fontana. Probablemente fue el cruce de esa doble perspectiva lo que multiplicó la potencia y el atractivo de su obra: analizar el pasado, analizar las narraciones sobre el pasado y analizar éstas de forma parecida a como se analiza aquel. Desde finales de los años setenta Fontana construyó una mirada atípica y corporativamente nada autocomplaciente, cuya premisa apenas había guiado las indagaciones de los historiadores acerca de su propio oficio: aplicar al estudio de la disciplina de la Historia el enfoque contextual y crítico característico de la investigación histórica. Se trataba de cultivar una Historia que se volviese sobre sí misma para concebirse como un producto cultural inmerso en el mismo mundo que investigaba, y que, al interrogarse sobre su abolengo, estuviera dispuesta a reconocer sus episodios más pedestres. Uno de sus principales afanes consistió, por tanto, en poner la disciplina de la Historia ante el espejo, ante su propio espejo.

Este afán atraviesa al menos cuatro obras de Josep Fontana que aquí se analizan: *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1982), *La historia después del fin de la historia* (1992), *Europa ante el espejo* (1994) y *La historia de los hombres* (2000)^[1]. En ellas conjugó el análisis de la producción historiográfica (de la producción escrita acerca de temas históricos) con el análisis de las teorías y del pensamiento que los historiadores habían utilizado para hacer su trabajo. Lo hizo poniendo el acento en los

contextos en los que había surgido esa producción y pensamiento, y entendiendo por contexto no un entorno que los envolvía, sino un vector que los atravesaba. Y lo hizo considerando que producción historiográfica y pensamiento sobre el pasado habían desempeñado una función social a considerar, y desde la cual ser considerados.

En distinto grado según qué trabajos, pero en el conjunto de todos ellos, Fontana puso el acento en la dimensión política de la disciplina histórica en un doble sentido, en el de ponderar cuán influido había estado su desarrollo por las dinámicas políticas de cada momento y en el de insistir en lo funcional que había resultado a determinados proyectos políticos, si acaso no en el compromiso que directamente había contraído con ellos. Cuando hablaba de proyectos sociales o compromisos políticos se refería, en principio, a proyectos y compromisos hegemónicos. Si se era consecuente con la proyección crítica que se presupone a la Historia, esta tenía un efecto boomerang que revelaba las frecuentes mistificaciones que atraviesan los relatos académicos del pasado, las motivaciones ideológicas apenas encubiertas por la forzada asepsia de su retórica y su tributo frecuente a los discursos legitimadores del orden de turno. Al poner el foco en las sombras de la ficción de autonomía con que la Historia había levantado buena parte su autoridad sobre el pasado, Fontana contribuyó a una mejor comprensión de una y otro.

No obstante, considerar de forma crítica, preponderante y recurrente la dimensión política de la Historia puede conducir a situaciones problemáticas, tanto más cuando, como fue el caso de Josep Fontana, se reivindica al mismo tiempo la concurrencia de la Historia en la construcción del proyecto social alternativo que uno desea. Esos elementos problemáticos, que también aparecen en su obra, los abordaremos al final del artículo.

1.- Las ediciones que aquí se manejan son Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982; *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992; *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 2000; y *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2002.

El valor de las reflexiones de Josep Fontana sobre las narraciones académicas y no académicas del pasado se debe, en buena medida, a que éstas se desarrollaron al calor una larga trayectoria investigadora sobre procesos y acontecimientos históricos concretos. En esas investigaciones sustanciales pudo identificar y atravesar las preconcepciones, retro-dicciones y presentismos con que habían sido abordados: las miradas torcidas que habían quedado adheridas a la piel del pasado mismo. Y desde esas investigaciones dialogó críticamente con quienes habían mirado esos temas u otros equivalentes, sacando conclusiones generales que rara vez procedían de una reflexión puramente teórica.

De esta trayectoria investigadora destacan sus primeros estudios sobre la crisis del Antiguo Régimen, sobre el despliegue renqueante del liberalismo en la España del siglo XIX o sobre los problemas de la hacienda pública^[2]. En el último tramo de su carrera abordó el turbulento siglo XX y la historia del mundo hasta nuestros días, al nivel con que lo hicieron historiadores como Eric Hobsbawm o Tony Judt^[3]. Archivo, método y pericia técnica dieron forma a esos primeros trabajos sobre importantes problemas nacionales más o menos delimitados. Erudición, capacidad narrativa y afán crítico caracterizaron sus voluminosas obras sobre procesos de la contemporaneidad complejos, de largo recorrido y escala desbordante. Entre medias investigó multitud de temas y dirigió proyectos y obras co-

lectivas, de todo lo cual se da buena cuenta en otros artículos de este dossier.

Todos estos trabajos hicieron de Josep Fontana uno de los historiadores más reconocidos de las últimas décadas y le permitieron construir una mirada general e incisiva sobre las narraciones del pasado, afilada con la arista de su compromiso político. También le llevaron a proponer enfoques alternativos para contarlos de nuevo y para arraigar en ese pasado nunca resuelto posibles horizontes de cambio. Sobre esa mirada crítica, sobre esos enfoques alternativos y ese proyecto de cambio trata específicamente este artículo.

Ante los historiadores de su tiempo

Josep Fontana construyó una mirada muy personal sobre la historiografía del siglo XX, que conjugaba la erudición con un profundo sentido crítico. Como lector infatigable, conocedor de varios idiomas y asesor editorial exploró una vastísima bibliografía. Esto le permitió estar al tanto de novedades producidas en el extranjero, que en muchos casos luego ayudó a que se publicasen en España. A tenor de sus filias y sus fobias nominales, se constata su mayor preferencia por la historiografía anglosajona, en perjuicio de la francesa, más influyente en la España de su generación, que, sin embargo, conocía bien. Siguió con interés la producción de buena parte de los países de Latinoamérica, a los que viajó en varias ocasiones y en los que tuvo un amplio reconocimiento. Con el paso de los años fue prestando una atención cada vez mayor a la historiografía italiana, centroeuropea y alemana, e indagando en las formas de escribir Historia de países africanos y asiáticos, en concreto de la India.

Analizó la evolución de la historiografía en perspectiva histórica, explicándola a partir de su integración en los marcos ins-

2.- Josep Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1971; *Hacienda y estado en la crisis del antiguo régimen español, 1823-1833*, Madrid, Instituto de Estudios fiscales, 1973; o *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979.

3.- Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado y Presente, 2011; *El futuro es un país extraño: una reflexión sobre la crisis de comienzo del Siglo XXI*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013; o *El Siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Crítica, 2017.

titucionales, y del papel que autores y obras jugaron en las tensiones culturales y en las batallas políticas de cada época. Con ello ofrecía una imagen bien contextualizada de la producción historiográfica, que iluminaba aspectos normalmente velados en los debates académicos. De su posición política personal con respecto a esas tensiones culturales y batallas políticas derivaba en cierta medida su consideración de autores y libros, con o sin perjuicio, según qué casos, de la valoración técnica que hiciera de los mismos. En sus estudios sobre la evolución de la historiografía se constata una aversión permanente a la frivolidad de las modas, a la especulación teórica, a los excesos retóricos, a los artificios formales, a la pretensión de neutralidad y al poder institucional disfrazado de autoridad intelectual. Por el contrario, su visión de la disciplina y sus gustos personales le inclinaban hacia trabajos de fuerte base empírica, de sólidos pero contenidos fundamentos teóricos, hacia las narraciones claras, fluidas pero no ornamentadas, y hacia los enfoques de clara vocación crítica.

Valoraba positivamente el revulsivo que para la Historia anquilosada de principios del XX supuso el desarrollo de la Sociología por parte de clásicos como Durkheim, Tönnies o Weber; o de la Antropología impulsada por Radcliffe Brown y Malinowski; o de la arqueología de Gordon Childe. No por ello se privó de la crítica a planteamientos como la idea de «neutralidad ética» de Weber^[4]. Ni siquiera situándolas en su momento, salvó las aportaciones de dos iconos de la Historia como Spengler y Toynbee, a propósito de las cuáles se preguntaba «cómo pudo producirse un engaño intelectual de tal magnitud»^[5].

El despegue de la Historia económica y

social en los años 20 y 30 le mereció una valoración positiva como respuesta al predominio de una Historia hasta entonces centrada en una visión muy estrecha de la política, así como en la asimilación elitista de la cultura a la alta cultura. De esta nueva forma de hacer Historia —que bebía de las aportaciones de Marx y el pensamiento socialista— ponderó a quienes, como Jean Jaurès, rompieron pronto con la propensión a un «economicismo primario»^[6]. También valoró los trabajos socio-económicos y el magisterio recibido de los historiadores catalanes Jaume Vicens Vives o Ferrán Soldevilla, tanto más en la medida que lo desarrollaron durante buena parte de su vida en el contexto opresivo de la dictadura.

La actitud de Fontana ante la Escuela de *Annales* fue ambivalente, alejada de los consensos en torno a su importancia general y acompañada de críticas muy contundentes a propósito de figuras que han sido objeto de un reconocimiento amplio. Rebajó lo que consideraba el mito fundacional de la escuela: la supuesta rebeldía de dos jóvenes historiadores de provincias en los años treinta a las formas ortodoxas de escribir la Historia promocionadas por los grandes centros de poder académico. Consideraba que el verdadero impulso a la Escuela se había dado luego en la postguerra, gracias al respaldo que recibió de instituciones públicas y privadas para servir de alternativa o contención al despegue de la historiografía marxista. Apenas mencionaba los vasos comunicantes que también existieron entre ambas tradiciones. Entre los fundadores de *Annales*, valoró mucho mejor a Marc Bloch, entre otras razones por su compromiso hasta la muerte con la Resistencia al nazismo. Lucien Febvre, sin embargo, fue objeto frecuente de su desprecio como «personaje clave de la cultura

4.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 12.

5.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 19.

6.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 27-28.

oficial» francesa de postguerra^[7]. También por el decálogo que podía entresacarse de sus *Combates por la Historia*, donde, según Fontana, la ausencia de método se trataba de compensar con un estimulante lenguaje literaturizado. Ernest Labrousse y Fernand Braudel sí le merecían especial respeto. En varias ocasiones dialogó con la magna obra de Braudel sobre el Mediterráneo, que es la mejor manera de mostrar respeto por un historiador. Consideraba muy sugerente su propuesta teórica sobre los tiempos históricos, pero criticaba que no se ajustara a ella en sus análisis y narraciones factuales. El aprecio por Braudel influyó en su hostilidad hacia la llamada tercera generación de la Escuela de *Annales*. Se acogió a la idea de que ésta se lo había quitado de en medio para procurar un mayor acomodo de la escuela en el orden cultural de la Guerra Fría y a una forma de entender la Historia que despejaría el camino posteriormente recorrido por el postmodernismo^[8].

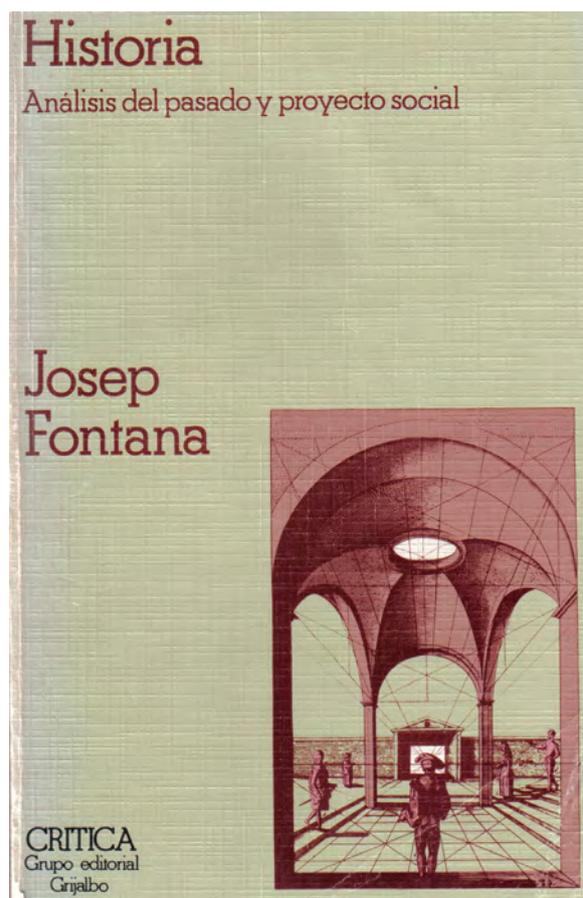
Su juicio final sobre la evolución (la deriva en sus palabras) de la escuela de *Annales*, taxativo y crítico, entrecruzaba argumentos historiográficos, técnicos, políticos y consideraciones acerca de algunas trayectorias personales:

Annales es radical en el estilo, pero académica en la forma y conservadora desde un punto de vista político; toca las cuestiones de historia económica y social sin riesgos de contagio marxista, y cuenta como garantía con un equipo de ex comunistas reconvertidos como Emmanuel Le Roy Ladurie —hijo de un ministro de Pétain que pasó personalmente por una etapa de ferviente estalinismo antes de ver la luz de la verdad— o François Furet^[9].

7.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 32.

8.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 37-38.

9.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 36 -37.



Su marcada oposición a la política imperial de EEUU no fue óbice para que prestara atención a la historia escrita al otro lado del Atlántico, ni para que valorase muy positivamente lo hecho en algunos momentos. Así lo hizo con respecto a los llamados «new historians» o «historiadores progresistas» norteamericanos, como Carl Becker y Charles A. Beard, o a la antropología económica que allí impulsó Karl Polanyi y siguieron Marshall Sahlins o Marvin Harris. No fue el caso de los llamados «clíometras», cuyos métodos siempre le parecieron artificiosos y ortopédicos, un vivo ejemplo de cómo el virtuosismo metodológico podía conducir a la simplicidad sustantiva^[10].

Su relación con el marxismo merecería al menos un artículo específico. Fontana fue un historiador marxista para quien el mar-

10.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 48-49

xismo representaba una tradición de pensamiento desde la que analizar el pasado y una posición política desde la que tomar partido en el presente. De hecho, el marxismo fue el elemento de anudamiento de su práctica historiográfica y su compromiso político. Su marxismo era un punto de partida y no de llegada, un enfoque abierto con algunos (no demasiados) presupuestos metodológicos útiles pero revisables, un marco conceptual inclusivo, un acervo de obras y análisis históricos diversos y concretos. No era un canon de teorías pre-construidas, ni de modelos interpretativos universalmente válidos, ni menos aún de enunciados fijos. Por eso fue muy crítico con los manuales catequéticos de la escuela de ciencias de la URSS o con los postulados tan influyentes de Louis Althusser, a quien criticaba el haber promovido una deriva teórica, especulativa y autorreferencial del marxismo, una «euforia verbalista» que a la postre llevaría a muchos de sus discípulos a un post-estructuralismo de juegos semánticos^[11].

Fue lector asiduo de Marx y Engels, de quienes valoraba especialmente la dimensión integral de sus análisis históricos, su capacidad a la hora de conjugar una visión general de la historia con estudios económicos y sociales concretos y detallados. En el plano teórico-filosófico se identificó con el llamado marxismo de la tercera generación, formado por figuras como Karl Korsch, Georg Lukács, Antonio Gramsci y, a mayor distancia, Walter Benjamin. De ellos tomó el afán por abordar en su complejidad —lejos de cualquier determinismo unilineal o dualismo básico— las tensiones sociales expresadas en binomios tales como «sujeto y objeto», «ser social y conciencia social», «base y superestructura» o «estructura y acción». Estos autores bridaban una forma de teorizar anti-efectista, profunda, historizada, proclive a la inclu-

sión de múltiples dimensiones culturales, y políticamente radical.

Aunque Fontana fue un intelectual, es decir, una figura que intervenía discursivamente en la realidad social y política de su tiempo a partir de la autoridad que le daba su posición académica y la capacidad que le proporcionaba una formación cultural amplia y generalista, fue sobre todo un historiador. Por eso su relación más estrecha con el marxismo fue a través de la historiografía marxista, en concreto con los historiadores menos ortodoxos a un lado y otro del muro: Alexandra Lublinskaya en la URSS, Josef Masek en la Checoslovaquia, Manfred Kossok de la RDA o Manuel Moreno Fragnals en Cuba. De Europa occidental y del resto de América Latina podrían sacarse otros tantos nombres, como el de su colega Pierre Vilar en Francia, de cuya relación se habla en otro artículo de esta revista^[12].

No obstante, el referente historiográfico más importante de Josep Fontana fue el de los conocidos como historiadores marxistas británicos, el amplio grupo nucleado inicialmente en torno a la revista *Past and Present*, en el que despuntarían figuras como Dona Torr, Rodney Hilton, Christofer Hill, Raphael Samuel, George Rudé, Victor Kiernan, E.P. Thompson o Eric Hobsbawm. Fontana se formó en los debates teóricos de estos autores sobre la «historia social», la «historia popular», la «historia de los de abajo, desde abajo o de abajo a arriba»; sobre conceptos tradicionales del marxismo como «lucha de clases», «transiciones» o «revoluciones»; o sobre nociones de nuevo sentido o creación como «experiencia», «economía moral de la multitud», «bandolerismo social» o «corto siglo XX». Con las aportaciones de estos autores fue ampliando su cartografía y sus instrumentos de navegación: fue abriéndose a nuevos temas y

11.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 67.

12.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 66.

problemáticas que abordar y a nuevos enfoques y nociones desde que abordarlos. Pero, a Fontana le interesaban sobre todo las rutas y trayectorias precisas recorridas por estos autores, las investigaciones y los libros concretos en cuya edición y promoción en España desempeñó un papel fundamental. A pesar de sus reflexiones generales sobre la Historia y de su identificación con corrientes, tendencias y nombres propios, Fontana procuraba vincular sus juicios, especialmente si eran juicios positivos, a las investigaciones concretas de los historiadores. Admirador confeso de David Hume, consideraba que la comprobación empírica debía ser el momento fundamental en la resolución de muchos problemas planteados teóricamente.

Su interés por la historia desde abajo le empujó hacia «el Sur», fuera del Primer Mundo, para reparar en quienes sufrían una doble dominación, social y colonial. Ese interés le llevó más allá de la historiografía europea, generalmente eurocéntrica, que al hablar en nombre de «el otro» venía muchas veces a amordazarlo. Desde ese empeño valoró el proyecto del «Grupo de estudios subalternos», que se extendió por el sur de Asia y Latinoamérica, y especialmente a su fundador, el historiador indio Ranajit Guha.

Su reacción ante el llamado «giro lingüístico» y ante lo que, de manera un tanto gruesa, pudiéramos llamar el posmodernismo fue, en general, crítica y, en algunos casos, corrosiva. Fontana reconoció el interés y la utilidad que para los historiadores tenía la dimensión crítica de estas corrientes, pero arremetió contra sus postulados y contra sus efectos, considerando que en gran medida estos se derivaban de aquellos.

Valoró que la deconstrucción del gran armazón conceptual moderno —que privilegiaba el estudio de las grandes tendencias de la historia, de las estructuras materiales que supuestamente determinaban los pro-

ductos de la conciencia y las dinámicas de unos movimientos sociales donde apenas había lugar para la acción individual— pretendiera sacar a escena multitud de dimensiones del hombre, algunas no tan desconocidas o invisibilizadas como se decía. Sin embargo, denunció que la proliferación de contenidos y enfoques estuviera dando lugar a una historia fragmentaria y reacia a cualquier explicación integral. Valoró la consideración de la disciplina de la Historia como una construcción social condicionada por los gustos culturales y las inclinaciones políticas del presente. Pero denunció que ese perspectivismo estaba degenerando en un relativismo extremo, que reducía la realidad a sus representaciones e igualaba a la baja cualquier relato del pasado con independencia de cuál fuera su base documental probatoria. Valoró mucho el peso concedido a la cultura, pero denunció el salto en virtud del cual se pasaba de la consideración de la cultura como elaboración social a la consideración de la realidad como una construcción cultural. Valoró la crítica postmoderna a esa tendencia tan recurrente en la Historia que consistía en impostar sobre el pasado una línea de continuidad. Pero criticó su hostilidad de la época a la periodización y la inclinación a reducir toda secuencia temporal a mera simultaneidad.

Fontana reconoció que algunos de los sucesos más dramáticos del siglo XX bebían de la «dialéctica negativa» de la Ilustración, porque junto con tantos otros pensadores llevaba años diciéndolo. Pero negaba, como tanto empezaba a repetirse entonces, que todo proyecto de emancipación general de la sociedad condujera ineluctablemente hacia la burocratización y el totalitarismo. En la medida que venía analizando las visiones del pasado atendiendo a lo funcionales que resultaban al orden político-cultural del momento, Josep Fontana despreciaba todavía

más estas corrientes llamadas, *grosso modo*, postmodernas. En su opinión, portaban una crítica tan sofisticada como paralizante, y conducían a una impotencia práctica o a un escepticismo cínico que invitaba al reacomodo personal. En este sentido, Fontana valoró la crítica postmoderna a la omnipresencia del poder, así como la voluntad de penetrar en su dimensión capilar. Pero denunció que equipar la microfísica del poder con el poder de los grandes centros decisorios suponía difuminar el fenómeno mismo del poder a beneficio de quien más lo detentaba. Su crítica se volvía particularmente ácida cuando denunciaba que la impugnación a las distintas y refinadas formas del poder por parte de los pensadores postmodernos no les había llevado a renunciar al poder de las cátedras universitarias^[13].

En definitiva, su relación con estos postulados de época fue tensa. No solo porque promovieran una forma de escribir la historia a su modo de ver muy proclive al relativismo, el efectismo, la dispersión, la vacuidad y al desprecio de lo empírico. Sobre todo, porque al apropiarse de la crítica a las formas tradicionales de hacer Historia bloqueaban la posibilidad de una escritura alternativa que, anclada en una crítica parecida pero anterior, apuntara a horizonte diferente.

Esa crítica y esa alternativa las fue perfilando desde finales de los setenta en las cuatro obras que aquí se consideran, dando lugar a una concepción muy personal e identificativa de la historia como pasado y de la Historia como explicación del pasado.

Crítica a la idea de progreso y reivindicación (no romantizada) de los grupos subalternos

En *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, una obra publicada en 1982, Fontana

advertía que muchas concepciones elaboradas de la historia habían venido funcionando como una genealogía del presente, en la cual los hechos del pasado se disponían en una secuencia evolutiva que terminaba conduciendo, como si de un proceso lógico se tratara, hasta el orden actual. El presente aparecía no sólo como el resultado necesario de esa evolución histórica, sino como el momento de optimización del bien común. De este modo, el análisis del pasado conducía a una celebración encubierta del presente. Desde este presente celebrado el historiador retro-proyectaba una mirada muy soberbia que presentaba como regresivos todos los obstáculos que se opusieron o ralentizaron su desarrollo y como quiméricas todas las alternativas que se truncaron por el camino. Las narraciones del pasado venían a funcionar como un ejercicio racionalizador y legitimador del orden desde el cual el historiador se pronunciaba. Semejantes pronunciamientos estaban mediatizados por lo que Fontana denominaba —haciendo un uso particular de un concepto recurrente en la tradición marxista— una «economía política»; es decir, una concepción social atada a unos intereses de parte que se disfrazaban de sentido común, una concepción que se presentaba a sí misma como la concepción objetiva, científica e inapelable del momento. Sobre esa narración del pasado venía a levantarse «un proyecto social», cuyo desarrollo consistía en la actualización de las potencialidades del modelo prescrito por esa economía política y en la continuidad, por tanto, de esa línea de progreso que, según semejante abstracción, habría venido empujando desde el pasado^[14].

Para Fontana, «visión del pasado», «economía política» del presente y «proyecto social» de futuro eran tres niveles que solo

13.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, Cap. 5.

14.- Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp.9 y 10.

podían entenderse desde su articulación. Eran constitutivos de una misma concepción interesada del mundo que, al hacerse hegemónica, lograba fingir la independencia de cada uno de estos componentes. A esa ficción habían contribuido cientos de intelectuales que, afanados en exhibir su autonomía, habían levantado muros para separar en la superficie estas tres esferas de actividad, dejando tan soterrados como expeditos los canales que las comunican. A la aparente disolución de los vínculos entre estas tres esferas de actividad había contribuido más eficazmente la institucionalización por separado de cada una de ellos, en virtud de la cual estas tres esferas esencialmente unidas se manifiestan fenoménicamente como prácticas independientes. La institucionalización entraña la división del trabajo intelectual y promueve una dinámica corporativa real donde las explicaciones del pasado parece que sólo se deben a la labor desinteresada de un historiador aislado en archivos y bibliotecas; los análisis del presente, al trabajo científico de economistas, sociólogos y politólogos; y los proyectos de futuro, a los programas políticos debatidos en los parlamentos. A partir de su lectura de Antonio Gramsci, Fontana aprendió que las ideologías del poder no solo funcionan como una falsa conciencia encubierta y difundida por intelectuales tramposos, sino como un discurso naturalizado en profesiones, disciplinas académicas, hábitos sociales, imaginarios compartidos y prácticas cotidianas.

Tres cuestiones básicas que habían venido informando las explicaciones históricas a lo largo de los siglos XIX y XX fueron objeto de insistente impugnación en la obra de Fontana: una idea concreta de progreso consagrada tras la Ilustración, un elitismo que obviaba o minorizaba el papel de las clases populares y los grupos subalternos y un enfoque eurocéntrico que se pretendía

compreensivo de las mismas sociedades que despreciaba.

La crítica a la idea de progreso fue muy temprana —y luego reiterada con matices— en la obra de Fontana. La evolución histórica, decía en 1982, había sido concebida como un progreso lineal, ascendente e imparable, cuyo elemento dinamizador habría sido el avance de la capacidad tecnológica del hombre para dominar la naturaleza. En esta secuencia evolutiva dos procesos habrían venido a acelerar el ritmo de la historia: la revolución neolítica, con el desarrollo de la agricultura, y la revolución industrial, con la imposición de formas más eficientes de organización del trabajo y con la eclosión de fuerzas productivas potentísimas. De este modo, el capitalismo, en tanto que promotor de la industrialización, vendría a representar el *súmmun* de la evolución histórica, de tal suerte que las aspiraciones futuras de mejora de la humanidad se deberían cifrar en su intensificación allí donde había arraigado y en su generalización a escala mundial^[15]. Así se articularon durante buena parte del siglo XX las tres dimensiones antes citadas: un «análisis del pasado», como narración del avance imparable de la capacidad científico-técnica del hombre; una «economía política» del presente, asociada a un liberalismo que racionalizaba la desigualdad como condición necesaria para el progreso; y un «proyecto social» de futuro, consistente en despejar en occidente los obstáculos que renaban el avance de esa línea de progreso que venían empujando desde el pasado y en abrir el cauce colonial que permitiera su despliegue por todo el mundo.

La crítica de Josep Fontana no lo era a cualquier idea de progreso. Fontana valoraba el papel que esta idea, entendida como aspi-

15.— Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, p. 249.

ración colectiva de mejora o referente de una práctica política liberadora, había desempeñado cuando la burguesía y las clases populares de los siglos XVIII y XIX la blandieron como una afilada crítica al estatismo social del Antiguo Régimen y como un ariete contra el poder de la Monarquía y la aristocracia. Sin embargo, decía Fontana, una vez aseguró su preminencia social, la burguesía tendió a idealizar y despolitizar la idea de progreso, situándola como motor de su epopeya y como fuente de legitimación de su nueva posición de poder. El concepto se fusionó con la teoría de la selección natural para justificar la desigualdad por la vía de un darwinismo social concebido como estímulo de mejora. El concepto pasó a identificarse con los avances mecánicos de la ciencia y la tecnología, que servían para justificar las nuevas y más duras condiciones de trabajo y los beneficios privados obtenidos de la industrialización a la que iban parejos^[16].

Para consolidar el nuevo relato de la modernidad burguesa, decía Fontana, había que impostar sobre el pasado una línea de continuidad que obviase aquellas encrucijadas en las que se pudieron tomar otras líneas de progreso, experiencias que, aun siendo derrotadas, tuvieron una influencia considerable en el mundo que las sobrevivió. El nuevo relato científico venía a darlas, sin embargo, su toque de gracia.

Para impostar esa línea de continuidad se tuvieron que minimizar o significar de manera muy forzada aquellos acontecimientos que en su día negaron la supuesta mejora progresiva de la historia. Así se hizo con el fascismo, una forma de barbarie eminentemente moderna que bebía de la misma racionalidad científico-técnica, una versión pervertida, pero al mismo tiempo deudora, de la idea de progreso de la Ilustración. Fontana reforzó esta crítica a partir de la lectura de algunos pensadores

de la escuela de Frankfurt, particularmente de Walter Benjamin, muerto a causa de esta barbarie que se aproximaba a su cénit. El éxtasis necrófilo de Auschwitz evidenciaría luego cómo estos niveles de barbarie resultaban inconcebibles fuera de las estructuras de la civilización occidental, moderna, industrial, cientista y racional en los medios. Sin embargo, la civilización occidental no quiso reconocer como propios a sus hijos ilegítimos, de modo que, una vez que el fascismo fue derrotado, se retomó la narración exultante de un progreso que había logrado imponerse al rebrote inesperado de lo atávico.

La fortaleza ideológica de esta concepción del progreso fue tal que, según Fontana, contagió su lógica a la alternativa que pretendía reemplazarla^[17]. El socialismo en general, el marxismo canónico de la II Internacional y el marxismo-leninismo cosificado por el estalinismo parasitaron durante mucho tiempo la misma lógica de su adversario.

En lo que a los «análisis del pasado» atañe, las versiones mecanicistas del marxismo concibieron la historia como un proceso evolutivo en el que el avance imparable de las fuerzas productivas y su colisión con las relaciones sociales de producción de cada momento abría una etapa de cambio social, animando la acción emancipadora de un proletariado llamado a la victoria. Esta concepción teleológica de la historia como proceso orientado a tal fin —en su doble acepción de finalidad y acabamiento del proceso— apenas se diferenciaba del esquema evolutivo del liberalismo, tan sólo sumaba una nueva fase que venía a superar las limitaciones de la civilización capitalista. En su réplica a la narrativa de la burguesía, algunos socialistas se conformaban con

16.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 189.

17.- Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, p. 249.

decir que el enemigo se estaba precipitando en el festejo, que esa misma concatenación de los acontecimientos pasados de los relatos burgueses remitía a un horizonte ulterior, que el viento de la historia soplaba a favor de la sociedad sin clases. Hasta que ese horizonte no se desvaneció del imaginario popular, buena parte de la izquierda, incapaz de leer la historia con sus propios códigos, siguió agarrada a un optimismo histórico que con el tiempo terminó convirtiéndose en el negativo retórico de su impotencia práctica.

En lo que a la «economía política» se refiere, planteaba Fontana, el socialismo asumió pautas de crecimiento económico similares, basadas en el industrialismo, el productivismo y la «tecnología». La diferencia es que allí donde la doctrina liberal abogaba por la competitividad como estímulo productivo, el socialismo apostaba por el compromiso ideológico o la coacción. La diferencia es que allí donde el liberalismo fantaseaba con la autorregulación del libre mercado el socialismo real demandaba la planificación centralizada de la economía por parte de una vanguardia que pronto mutaría en una burocracia tan acomodada como ineficaz. Las duras secuelas que para la población tendría la aplicación de «planes quinquenales» y «saltos adelante» fueron justificadas a partir de la misma razón instrumental, aquella que exigía grandes sacrificios temporales para acceder luego a un futuro crecimiento autosostenido.

Este proyecto de socialismo tenía también una clara vocación universal. Se pretendía exportar a todo el mundo no a través de una revolución mundial que ya en los años 20 se vio truncada y en los 50 se contuvo para preservar el reparto de áreas de influencia entre los dos grandes adalides del progreso. Las herramientas de difusión fueron la expansión militar o el tutelaje sobre países del Tercer Mundo, que, aunque

hicieron sus propias revoluciones, vieron en el modelo soviético un vía de acceso acelerado a la modernidad^[18].

En definitiva, Josep Fontana fue un crítico expreso del socialismo real y un intelectual beligerante con la vulgata marxista, a pesar de su pronta y prolongada militancia en el PCE/PSUC, o gracias, precisamente, a ella. En el PSUC participó de un ambiente intelectual donde era frecuente una crítica al Socialismo Real que no en todos los casos condujo a una mayor benevolencia hacia el capitalismo. Allí se formó también con importantes intelectuales que cultivaron un marxismo sofisticado, crítico y a la vez radical, como su compañero de organización de base en la década de los sesenta, el filósofo Manuel Sacristán, que ejerció sobre él una influencia importante.

Muchos años después, tras el desplome del socialismo real a principios de los 90, Fontana tuvo que hacer frente a los relatos exultantes que pronosticaban una nueva aceleración del progreso una vez el capitalismo se había sacudido el lastre que suponía combatir el peligro soviético. Con los escombros del muro de Berlín se trató de enterrar además toda propuesta de transformación igualitaria de la sociedad, hubiera estado o no comprometida con los regímenes extintos. A la luz de los acontecimientos presentes se abrió un proceso de revisión conservadora de la historia, que se centró primero en la Revolución francesa, aprovechando la coincidencia de su segundo centenario en 1989 con el derrumbe inminente de la Unión Soviética. Los promotores de esta revisión se lanzaron a combatir una supuesta interpretación jacobino-marxista dogmática e inflexible que apenas existió, con el éxito, decía Fontana, con el que se combaten los enemigos

18.- Sobre este asunto véase Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Cap. 12.

fantasmas inventados intencionalmente^[19]. Por paradójico que resulte, tras la caída del muro de Berlín y después de años criticando el socialismo real y el marxismo escolástico, Fontana tuvo que lidiar con un regimiento de intelectuales empeñados en desacreditar la tradición política e intelectual del marxismo reduciéndola al dogmatismo y la mediocridad con que muchos de ellos la cultivaron cuando en algunos ambientes estuvo de moda.

El caso es que el desplome del socialismo real se aprovechó para promocionar una renovada narrativa sobre el desfile triunfal del capitalismo por la historia. Con ese propósito, una institución estadounidense neoconservadora, La Fundación John M. Olin, puso en marcha una potente campaña para publicitar *El fin de la historia y el último hombre*. Su autor, Francis Fukuyama, un politólogo generalista que no había hecho ninguna investigación propiamente histórica, recurría a una suerte de hegelianismo desnaturalizado para relatarnos una historia direccional y progresiva donde la racionalidad suma se objetivaba en la democracia liberal y en la economía de mercado. Para Fukuyama, la derrota del comunismo probaba la superioridad e insuperabilidad del capitalismo, que a partir de entonces y en poco tiempo actualizaría sus potencialidades de paz y prosperidad universales^[20].

Los pronósticos no tardaron en ser desmentidos por el aumento de las desigualdades y la proliferación de las guerras. Entones hubo de construirse, nos cuenta Fontana, un nuevo relato que explicara el enésimo tropiezo del progreso capitalista y legitimara la futura política exterior estadounidense. Otro investigador a sueldo de la J.M Olin, Samuel Huntington, publicó

una obra, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, donde anticipaba que los conflictos futuros no obedecerían ya a problemas socioeconómicos ni a rivalidades ideológicas, sino a diferencias culturales. Un nuevo y tenebroso enemigo se cernía sobre el occidente libre, el fanatismo musulmán, cuya agresividad había que rastrearla en la configuración histórica de su civilización^[21].

A analizar este cambio de ciclo histórico y semejante proyecto político-editorial dedicó Josep Fontana varias páginas de su libro *La Historia después del Fin de la historia*. Este libro respondía de forma particular a un empeño que sostuvo durante buena parte de su carrera: desentrañar y visibilizar la tramoya institucional, política y financiera que hay detrás de muchas representaciones académicas. Partía de la idea de que la Historia no surge solo de la mente autónoma de los historiadores, sino que para escribirse y divulgarse ha requerido de una infraestructura de financiación y promoción editorial, de cobertura mediática y de reconocimientos en forma reseñas, cátedras y premios. En este libro, como más tarde haría también en la *Historia de los hombres*, daba cuenta de las redes formadas por instituciones, fundaciones, medios de comunicación, universidades y gobiernos para promover, estimular, promocionar y privilegiar ideas, libros y nombres.

Una línea de batalla fundamental en las cuatro obras que se manejan aquí fue la denuncia del protagonismo que la Historia había concedido a los grupos políticos y económicos dominantes, en perjuicio de los grupos subalternos y de la inmensa mayoría de las mujeres^[22]. En *La historia de los hombres* Fontana realizaba un recorrido por el lento y titubeante proceso de incorpora-

19.- Sobre este asunto véase J. Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 102-103 y 144-145.

20.- Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, pp. 6 y 7 y *La historia de los hombres*, pp. 144 y 145.

21.- Josep Fontana, *Ibidem*.

22.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 163.

ción de estas mayorías marginadas, denunciando que en cada momento de inclusión de un nuevo sector social a la Historia se hubiera excluido a alguno de sus componentes o a otro similar. Si la primera historia social centró su atención en las clases trabajadoras, lo hizo poniendo especial énfasis en las organizaciones del movimiento obrero y, sobre todo, en sus dirigentes e intelectuales, dejando en un segundo plano los análisis sobre las condiciones y formas de vida de la gente común. Aunque en un segundo momento cubrió estos vacíos, cuando hablaba de los trabajadores, de sus condiciones de vida, de sus aspiraciones y su cultura, siguió privilegiando a los trabajadores autóctonos de los países desarrollados^[23].

Un gran salto en el proceso de incorporación a la Historia de mayorías tradicionalmente invisibilizadas vino de la mano de la historia de las mujeres y de las relaciones de género. A pesar de la proliferación y calidad de estos trabajos, Fontana consideraba que en algunos de ellos las mujeres habían sido tratadas, en la justa reivindicación de su protagonismo histórico, de manera un tanto homogénea, como si en su seno no se reprodujeran las desigualdades geográficas, raciales, generacionales y de clase, confundiendo a veces, en palabras de Fontana, a «mujeres y señoras»^[24]. La lectura atenta y la sintonía de Fontana hacia estas corrientes acusaba también algunos límites de la época. Estas reflexiones aparecían en un libro, *La historia de los hombres*, cuyo título hoy sería cuestionado desde una perspectiva de género.

Por otra parte, Fontana celebraba que la Historia hecha en occidente hubiera terminado incluyendo el estudio de las poblaciones no europeas, pero denunciaba que

se hiciera sin prestar demasiada atención a la Historia escrita al respecto por sus descendientes. Los historiadores occidentales incluyeron tardíamente a las antiguas comunidades no europeas como objeto de estudio, a través, por ejemplo, de la formación de departamentos de estudios orientales. Sin embargo, cuando los descendientes de estas comunidades se fueron erigiendo en sujetos de la narración de su pasado no les prestaron la atención debida^[25].

No obstante, el reproche más insistente de Fontana se refería al hecho de que estos grupos se hubieran reducido a un objeto de estudio especializado y tratado de manera independiente, sin que sus respectivas historias se hubieran terminado de integrar en las narraciones generales. Se lamentaba de que no hubieran sido estudiados teniendo en cuenta sus relaciones conflictivas con otros grupos, ni atendiendo a su contribución general a la sociedad^[26]. En su reivindicación de la «Historia de los de abajo» o de la «Historia desde abajo» Josep Fontana advertía contra la tentación idealizadora frecuente en tantos intelectuales de ascendencia social alta o media, que miraban a la gente común con tal benevolencia que terminaban por negarles cualquier autonomía, y con un paternalismo condescendiente que en la práctica venía a ser una forma de elitismo invertido.

En la galería de los espejos

En 1994, en uno de los momentos de mayor furor europeísta, justo después de la constitución de la Unión Europea, Fontana publicó *Europa ante el espejo*, un libro corto pero particularmente bello en el que desmitificaba cierta idea de Europa entonces

23.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp.163-164.

24.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 167.

25.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 168 -169.

26.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 167.

en boga. Analizaba también las imágenes que Europa había construido de sí misma y ponía luz sobre otras historias europeas. En el libro Fontana identificaba una constante en los relatos históricos occidentales: construir una imagen falseada del otro para definirse de manera ventajosa con respecto él. Según Fontana, los europeos habían levantado su identidad por comparación con las representaciones caricaturescas de los demás^[27]. En el libro ofrecía un apasionante periplo por esa galería de espejos complacientes que permitieron a los europeos embellecerse y afirmar su superioridad. El primer reflejo invertido, decía Fontana, lo obtuvieron del *bárbaro* denostado por griegos y romanos, un concepto onomatopéyico que caricaturizaba sus formas de habla, y que los europeos tallaron como antónimo de la civilización a la que pretendieron asimilarlos^[28]. La cara del bárbaro se prolongó en los rostros satánicos del *hereje* autóctono y del *infiel* mahometano, redimibles a partir de una reconversión espiritual que se ponía en duda cuando no iba acompañada del correspondiente sometimiento cultural y político^[29]. A las puertas del Renacimiento, con la expansión de las ciudades, el noble y el burgués europeos festejaron su civismo al compararse con la supuesta torpeza y brutalidad del *rústico inculto*^[30]. Más amenazante fue la imagen de las masas que en la contemporaneidad demandaban su lugar en el espacio público. No decir ya si reclamaban también su participación en la organización de la economía. Resentidas, coléricas, violentas, tumultuosas, maleables por intelectuales fanáticos y desclados, las masas debían de ser tuteladas o contenidas y, cuando transgredieran el

orden, reintegradas al orden por medio de la bayoneta o del consumo^[31]. El «descubrimiento» colonial de las poblaciones de continentes antes ignotos, permitió a los europeos completar su autorretrato con los espejos del *salvaje*, *el oriental* y *el primitivo*^[32]. Arrojados a una suerte de estado natural y racializados, sobre ellos se proyectaron en versión ampliada los estigmas ya conocidos de la barbarie, el paganismo, la incultura y el tumulto.

Los estereotipos que los europeos construyeron sobre las poblaciones colonizadas prejuzgaron la forma excluyente y violenta de tratarlos, y esta forma excluyente y violenta de tratarlos terminó, en algunos casos, por embrutecerlas, hasta el punto de hacerlas coincidir con el estereotipo de partida. La imagen estigmatizadora del otro sirvió a las élites para cohesionar a la sociedad bajo la autoridad que la protegía de la supuesta amenaza. Fontana lo ilustra con los conocidos versos de Kavafis: «¿qué será de nosotros, ahora, sin bárbaros? Porque hay que reconocer que estos hombres resolvían un problema»^[33].

En ese recorrido por cómo los europeos se habían contado su historia, Fontana alertaba ante el riesgo de las modas y abogaba por una ponderación ni equidistante ni atada al cálculo. Desde esa perspectiva, denunciaba los forzados vaivenes de la historiografía, las dinámicas pendulares donde la originalidad consistía en buscar la contrafigura (como un reflejo apenas invertido) de lo ya dicho, o en trasladar sonoros conceptos de otro tiempo a una realidad sobre la que llamar la atención. Eso pensaba del uso de los conceptos de «revolución» o «renacimiento» referidos a momentos de la Edad Media europea que poco antes

27.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 7 y 8.

28.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 1.

29.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 2, 3 y 4.

30.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 5 y 6.

31.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 9.

32.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 7 y 8.

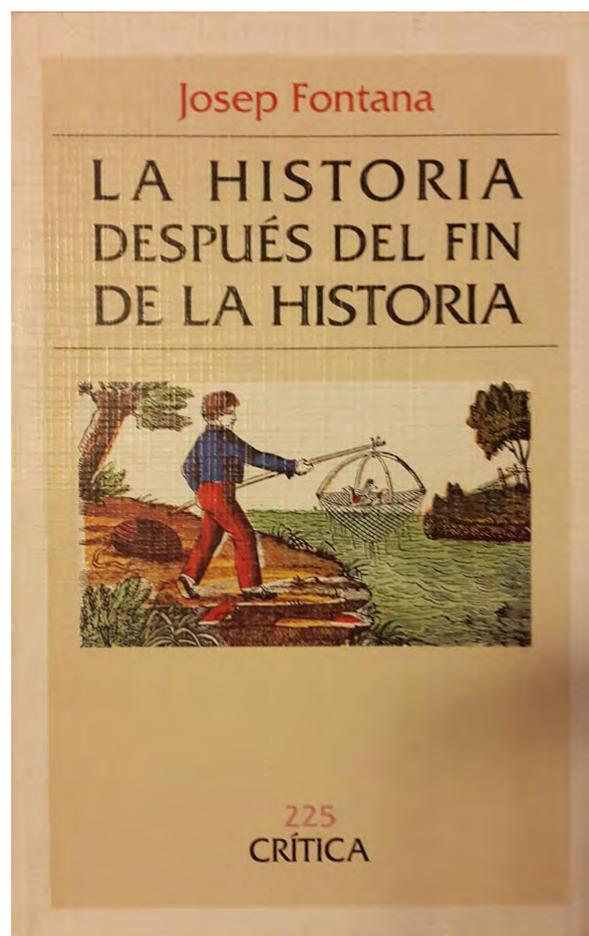
33.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 25

habían sido tachados de estáticos u oscurantistas. Eso expresaba a propósito de la archicitada «revolución del año mil» o de la llamada «revolución feudal», que irónicamente Fontana interpretaba más bien como «una reacción» orientada a «controlar a un campesinado cada vez más emancipado y próspero»^[34]. En esta obra abordaba los tópicos sobre Europa con un leve, pero constante, tono irónico o descreído.

En *Europa ante el espejo* Fontana desmontaba la idea de Europa como una entidad forjada en la Edad Media a partir de tres grandes culturas: la romana, la germánica y la cristiana. Esta visión reduccionista ocultaba el peso que tuvieron en su configuración sustratos étnicos anteriores y otros que se prolongaron en el tiempo, como vikingos y celtas; prácticas paganas previas al cristianismo que no dejaron de realizarse o se cruzaron con él; o comunidades judías muy diferentes que, además de judías, se consideraban pertenecientes a sus respectivos reinos o ciudades. Un lugar destacado en la conformación de Europa debía ocupar el mundo árabo-musulmán, más avanzado en la Edad Media que los pequeños reinos cristianos europeos. Frente al relato eurocéntrico que situaba a árabes y musulmanes como meros custodios temporales de la cultura griega, Fontana recordaba sus aportaciones propias a tantas ramas de la técnica y del saber, que luego penetraron y se fundieron en lo que hoy se ha naturalizado como cultura de la Europa cristiana (técnicas de cultivo, medicina, sistemas de numeración)^[35]. Frente a la reivindicación de la cristiandad como sustrato cultural y base axiológica de Europa, Fontana subrayaba los vínculos del cristianismo con el poder, lo funcional que resultó en tantos momentos para el poder o su propia ins-

34.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 70-71.

35.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 70-71.



titucionalización como un poder material y mundano de primer orden. Denunciaba además lo que esa reivindicación suponía de intento de apropiación en régimen de monopolio del cristianismo, recordando la relevancia y el alto nivel teológico que el cristianismo había alcanzado en Oriente, de Egipto al mar de China, pasando especialmente por Mesopotamia^[36].

En *Europa ante el espejo* subrayaba el fracaso histórico de tantos proyectos imperiales que pretendieron la unificación del continente por medio de la centralización política y la homogeneización religiosa o ideológica. Ni el imperio carolingio, ni el Habsburgo, ni el hispánico ni el napoleónico habían logrado imponerse de forma estable ante la diversidad de pueblos y nacio-

36.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 60-62.

nes de Europa, una diversidad que Fontana siempre consideró un valor amenazado a defender. Desde esta visión histórica se explica en parte su catalanismo, y desde un catalanismo, que bebía además de otras experiencias y tradiciones, se explica también en parte esa lectura histórica.

En *Europa ante el espejo* Fontana fue desmontando el mito de la excepcionalidad europea que se había levantado sobre explicaciones históricas según las cuales la superioridad económica de Europa se debió a los avances científico-técnicos favorecidos por un supuesto clima de libertad de pensamiento que contrastaba con el despotismo oriental. Fontana recordaba que todavía a principios del siglo XVII la ciencia y la tecnología europea se encontraban en clara desventaja con respecto a China; que ese mismo siglo de despegue material e intelectual en occidente fue también un siglo de guerras atroces, caza de brujas, persecución inquisitorial y depuración de científicos; y que el despotismo oriental no tenía mucho que envidiar al despotismo de las monarquías absolutas europeas. Según Fontana esta época de violencia generalizada sirvió a Europa para perfeccionar las armas y métodos de combate que le permitirían imponerse al resto del mundo^[37]. Su visión de la historia ponía el acento en la dimensión descarnada de las relaciones de fuerzas y en la capacidad no siempre transparente de seducción entre agentes desiguales. Recelada de cualquier *leitmotiv* tecnológico o ideológico, mucho menos filantrópico.

En *Europa ante el espejo* Fontana «cepillaba la historia a contrapelo» para revalorizar aquellas civilizaciones, experiencias o movimientos minimizados o expulsados de la historia de Europa porque representaron en algún momento una alternativa incó-

moda en términos de tolerancia, racionalidad o igualdad o porque fueron ocultados bajo el manto de su aspecto más superficial. Como ejemplo de ello Fontana mencionaba la escuela neoplatónica de Arrán o el reino de los jázaros, dos experiencias a caballo entre oriente y occidente que difuminaban una frontera cultural tantas veces exagerada. Mencionaba a los movimientos bogomilos de Bulgaria o a los cátaros del Sur de Francia, exterminados por preconizar una iglesia más austera, menos punitiva y sin vínculos con el poder feudal; un movimiento que luego fue parodiado por su dimensión mesiánica^[38]. Mencionaba los movimientos campesinos del XVI surgidos en el contexto de la Reforma, que, inspirados por el «teólogo de la revolución» Thomas Müntzer, se rebelaron al grito de «omnia sunt comunia», ahora desprovisto de toda condicionalidad tomista; por lo que fueron reprimidos tanto por católicos como por luteranos^[39]. En *Europa ante el espejo* señalaba también algunas formas extra-europeas de vida comunitaria y de integración equilibrada en el entorno luego arrasadas por la lógica comercial del colonialismo^[40].

En busca de nuevos caminos

Para Josep Fontana el reto de la Historia consistía en superar definitivamente la fábula eurocéntrica del progreso universal centrada en el protagonismo de los grupos dominantes. El derrumbe de ese mito ampliaría las expectativas de cambio social. No solo porque el capitalismo dejaría verse como el momento de realización óptima del progreso, para ser concebido como una construcción social procedente de una relación de poder susceptible de trasfor-

37.- J. Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 148-151.

38.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 67-71.

39.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 81-85.

40.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 8.

mación. También porque, desestimada esa idea de progreso, se podría proyectar una mirada limpia sobre las alternativas frustradas en el pasado, para descubrir la racionalidad que había en algunas de ellas, para liberar la carga de energía que seguían encerrando y para concebirlas como líneas de evolución cuyo arranque troncado pudiera alumbrar un trazado de futuro^[41].

Fontana planteaba que una vez decayera la reconstrucción del pasado como genealogía del presente la historia se revelaría como una trama compleja jalonada de distintas encrucijadas, donde no se tomaron los caminos más convenientes para las mayorías, sino aquellos impuestos por quienes tuvieron la fuerza o los recursos culturales necesarios para marcar el rumbo^[42]. En esas encrucijadas, decía, laten todavía indicios que apuntan a la construcción de un futuro distintivo al que puede deducirse del orden actual de las cosas. Las experiencias frustradas de la historia podían servir de inspiración para abrir nuevos horizontes, y el testimonio liberado de sus protagonistas podría aportar un surtidero de fuerzas para emprender el camino. La mirada renovada sobre el pasado podría ser una plataforma desde la que trazar una nueva orientación y desde la que coger impulso para el despegue. El futuro despuntaría como el ámbito para la redención de un pasado temporalmente derrotado.

Las referencias evidentes de Fontana en la elaboración de esta concepción de la historia fueron Walter Benjamin y Antonio Machado, dos intelectuales enormes del siglo XX, muertos en la frontera hispano-francesa cuando huían en sentido contrario del mismo enemigo fascista que se impuso a ambos lados de los Pirineos. De Benjamin

tomó la idea del acontecimiento pasado como un átomo cargado de fuerzas frenadas por la visión lineal de la historia, susceptibles, sin embargo, de ser liberadas en el presente por medio de una nueva mirada radical. También la idea del pasado como «un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención» y el presente como «cita entre generaciones» que han recibido una «fuerza mesiánica» sobre la que el pasado exige derechos. De ambos autores tomó la idea de buscar líneas de futuro en un pasado no resuelto en el que, según las palabras de Machado que Fontana reproducía en sus libros, encontramos «un cúmulo de esperanzas —no logradas pero tampoco fallidas—, un futuro, en suma, objeto legítimo de profecías»^[43].

Fontana reclamaba poner fin a la mirada deformante sobre los demás, dejar a un lado el eurocentrismo que había impregnado la Historia y sustituir los espejos auto-complacientes por otros más fidedignos. El reemplazo permitiría redescubrir al otro y redescubrirnos a nosotros mismos. Al descartar esa mirada reduccionista y dominadora, aparecería un «nuevo mundo» rico y diverso, que, tomado ahora sí como espejo sincero, devolvería a los europeos una imagen más ajustada de sí mismos: la de ser una cultura plural y mestiza^[44].

La nueva forma de escribir la Historia que proponía Fontana debía recuperar las voces de los sectores subalternos, elevándolas al lugar que les corresponde, pero de manera distinta a como normalmente se había hecho hasta entonces. Frente a las historias especializadas en cada uno de estos grupos antes silenciados, o frente a la simple yuxtaposición de sus voces en obras más ambiciosas, Fontana hablaba

41.- Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp. 11-12.

42.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 154.

43.- Cita de Antonio Machado tomada de J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 153.

44.- J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 154.

de levantar «un relato polifónico» donde la voz de cada grupo tuviera la réplica de su contrario, donde cada sector social fuera explicado en sus relaciones de dominación, sumisión, competencia, cooperación, integración o transacción con el resto de grupos. Su apuesta por una Historia socialmente amplia e inclusiva, por una *Historia de los hombres*, estaba vinculada a su compromiso político igualitarista. Sin embargo, su sentido crudo y conflictual de las relaciones sociales, su insistencia en la historicidad de la condición humana (trufada de un cierto pesimismo) y su hostilidad a paternalismo le llevaron a advertir del peligro de idealizar, romantizar e instrumentalizar a las clases populares en la escritura de la su historia.

Disolver la continuidad histórica e integrar las voces de los grupos subalternos obligaba, en opinión de Fontana, a demoler la narratología vigente que reproducía las pautas de la novela burguesa decimonónica, en la que todo se ordenaba en función del desenlace y donde la pluralidad de elementos en liza estaba siempre supeditada a una acción principal. Romper con esa estrategia narrativa implicaba decantarse por una escritura sincopada, que frente a los relatos continuos y perfectamente encadenados, debía dejar de lado un sentido estrecho de la cronología para abrir paso a «un tiempo caprichoso» y oscilante^[45]. Se trataba de un reto de tal magnitud que ni el propio Fontana de las últimas grandes obras de historia del mundo actual conseguía atenerse plenamente a él.

La nueva forma de escribir la Historia que proponía Fontana debía poner severos límites a los análisis abstractos inspirados en las supuestas leyes de la historia, para recalcar en la complejidad y peculiaridad del acontecimiento. Para explicar esto Fontana

recurría a una metáfora. El procedimiento nomotético–deductivo aplicado a la historia reproducía la práctica de elaboración de un puzzle, en el que el conocimiento a priori de la imagen plana que se pretendía construir iba orientando la agrupación de sus piezas, con la propensión a retocar aquellas piezas del pasado que no encajaban en la escena general ideada a priori. Frente a esto, Fontana proponía partir del acontecimiento y concebirlo como un poliedro en el que la combinación de sus distintas caras con las caras respectivas de otros acontecimientos pudiera dar lugar a más de un cuadro interpretativo^[46]. Fontana advertía que este reconocimiento de la dimensión móvil y poliédrica del pasado no equivalía a un perspectivismo relativista. La búsqueda de los muchos rostros del pretérito no igualaba ni en representatividad ni en calidad cualquier imagen revelada.

¿Cuál debía ser entonces el criterio del historiador a la hora de proyectar su mirada sobre un pasado que se manifiesta cambiante en función de cómo se enfoca? ¿Cuál o cuáles debían ser los criterios selectivos si la deseable pluralidad de enfoques vuelve camaleónico el pretérito? Según Fontana, la disciplina histórica no se basta por sí sola para responder a este interrogante.

Para Fontana la Historia funcionaba en ciertos aspectos de forma similar a como lo hace la memoria personal. Se basaba en estudios neurobiológicos que venían a demostrar que la memoria individual, lejos de ser un supuesto depósito de representaciones fijas, es un complejo sistema de relaciones que sirve de base a la formación de la conciencia durante la experiencia en curso. Ante cualquier eventualidad la conciencia individual recurre a la memoria para construir un «presente recordado», en el que las experiencias previas se conjugan con las

45.– J. Fontana, *La historia de los hombres*, p. 198.

46.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 190.

nuevas circunstancias al objeto de poder afrontarlas. La memoria no es así mera evocación de sucesos pasados que se registraron tal cual y de manera definitiva, sino una reactualización y reelaboración constante de experiencias remotas que echa luz sobre un presente al que hay que dar respuesta.

Del mismo modo, decía Fontana, la Historia no consiste en descubrir las supuestas verdades fijas del pasado desconocidas hasta ahora, sino que construye y reconstruye imágenes que también son, en cierta medida, un reflejo de los intereses y necesidades particulares del presente. La constatación de esta realidad por parte de Fontana tenía una vertiente crítica. Negaba la existencia de una realidad pasada inmutable que aprehender con un utillaje neutro, y consideraba que esa realidad era en buena medida una reelaboración hecha no solo a base de interpretaciones más o menos atrevidas, sino a partir de un proceso rutinario de selección de datos y reconocimiento de relevancias, de énfasis y entonaciones. El problema no era que este proceso respondiera a la necesidad de dar un significado y una operatividad a la experiencia en curso, a los intereses del presente, por decirlo de manera más clara; sino que respondiera a los intereses de las minorías que gozaban de una posición de fuerza y de ventaja cultural desde la que naturalizar sus selecciones. Por eso la constatación de esa realidad tenía también una dimensión propositiva en Fontana: construir una visión del pasado donde ese proceso inevitable de selección y reelaboración diera respuesta a los retos de las mayorías sociales en términos de libertad e igualdad^[47]. Así planteado, Fontana parecía hacer un uso inverso, reversible, de la misma condición selectivo-política de la Historia. Pero así planteado, cabía la tentación de que la Historia como disciplina

47.- J. Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 201 y 202.

quedase de nuevo reducida a su valor instrumental o de que ocupara una posición subsidiaria con respecto a una aspiración política. En 1981, en *Análisis del pasado y proyecto social*, Fontana cedía en cierta medida a esa tentación:

Nuestro objetivo difícilmente debe ser el de convertir la historia en una «ciencia» —en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo—, sino por el contrario, el de arrancarla de la fosilización cientista para volver a convertirla en una «técnica»: en una herramienta para la tarea del cambio social^[48].

Fontana mantuvo esta apuesta durante toda su vida, pero con matices importantes. Veinte años después, en *La Historia de los hombres*, seguía planteando que el historiador debía guiarse «por el sentido de la utilidad social en su tarea como criterio esencial para sus elecciones»^[49]. Sin embargo, había atenuado mucho este planteamiento, entre otras razones porque la impugnación a la cientifidad de la Historia se venía haciendo con más fuerza y proyección desde postulados posmodernos que, a su vez, rebajaban la virtualidad técnico-política de la Historia o negaban su conveniencia. Desde algunos de estos postulados se negaba esa virtualidad porque en última instancia se basaba en la ilusión ilustrada de un conocimiento que, ajustado a la realidad, permitiese intervenir sobre ella con garantías. Dado que desde estos postulados se negaba esa posibilidad cognitiva, se rebajaba o negaba, en consecuencia, la posibilidad de una acción política eficaz y conveniente vinculada a ella.

Fontana, por el contrario, mantuvo siempre esa ilusión, aunque no la mantuviera de

48.- J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, p. 261.

49.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 134.

forma ilusa, como crítico que era de la Ilustración, pero desde la propia Ilustración. En su opinión, correspondía al historiador, dado que era quien mejor conocía el mapa de la evolución de las sociedades, desmontar el discurso que presenta como inevitable lo que pudo haber sido de otra manera. Correspondía especialmente al historiador analizar la génesis de esos mecanismos de dominación para poder desmontarlos pieza a pieza de cara a su reemplazo por nuevas formas de organización social más justas. Y correspondía también al historiador reelaborar una nueva secuencia del pasado que tuviera como hilo conductor aquellas luchas que, a pesar de resultar derrotadas, seguían alumbrando horizontes mejores^[50]. Pero, ¿cómo mantener esta confianza cognitiva en la Historia cuando al mismo tiempo se reconocía su variabilidad selectiva?, ¿cómo mantener esa confianza emancipadora en la Historia cuando al mismo tiempo se denunciaba su propensión a ser preferentemente instrumentalizada por el poder?, ¿cómo cifrar en la Historia la posibilidad de abstraer un futuro posible de un pasado no resuelto cuando al mismo tiempo se subrayaba su profundo anclaje al presente?

Efectivamente, en sus libros se palpa el riesgo de que la insistencia en lo que generalmente se viene ocultando pudiera generar en algún momento la sensación de estar sobredimensionándolo: que ponderar la variable política que atraviesa a la Historia (expresada en términos de compromisos conscientes del historiador, funcionalidad inconsciente de su trabajo, sujeción a intereses ajenos al plano reflexivo, reproducción por pura inercia de valores hegemónicos, etc.) pudiera llevar a la negación de su autonomía, por laxa que fuera. En sus libros se palpa la dificultad de conjugar su

afirmación sobre la radical historicidad de la Historia —máxime cuando esta se vinculaba especialmente a la influencia ejercida sobre ella por el poder— con la creencia en la posibilidad de que la Historia construyese enunciados verdaderos en cierta medida trascendentales a su coyuntura histórica, enunciados que, en tanto que verdaderos, fueran útiles para ayudar al cambio social. De igual modo, en sus libros se palpa la dificultad de conjugar una crítica contundente de la instrumentalización de la Historia por parte del poder con la reivindicación de la Historia como una herramienta para el cambio social.

No se trata, obviamente, de dificultades exclusivas de la obra de Fontana, sino de dificultades que atraviesan cualquier empeño por conjugar el reconocimiento de la complejidad real de las cosas, la posibilidad de conocimiento y la voluntad de intervención política. Creo que al final de su trayectoria Fontana se fue aproximando a la idea de que el uso emancipador que pudiera hacerse del conocimiento histórico requería también de conceder autonomía a su proceso de construcción, de que el conocimiento más útil para el cambio social pudiera ser aquel que se construyera desde la conciencia del presente y la voluntad de evitar el presentismo, desde la aproximación a un horizonte de emancipación y desde la distancia hacia unos intereses inmediatos, desde la confianza en la acción intelectual y política y la conciencia de su complejidad y vulnerabilidad. No lo teorizó ni lo explicitó así, pero sus últimos trabajos y su actividad investigadora, editorial y docente así lo sugieren. Sus libros y el recuerdo de trabajo son fundamentales para quien quiera sostener ese empeño.

50.- Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp. 260-261.